

Un mensaje bíblico

PARA TODOS

Consejos para la vida cristiana (2)

sigue al n° 7-8/2012

El don del Espíritu Santo

Todo aquel que consigue la victoria en las diversas tentaciones se convierte en un feliz testigo de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Esta vida victoriosa trae consigo una experiencia bendita: Jesús nos hace “verdaderamente libres”. Esto, al igual que el perdón de los pecados, forma parte del Evangelio completo. El Espíritu de Cristo, que habita en los rescatados, ha escogido el cuerpo del creyente para que sea su templo. Desde aquel momento, el cuerpo del creyente ha conseguido la función que le había sido destinada por Dios: ser consagrado en sacrificio vivo y santo a Dios. El Señor adquirió todo derecho sobre nosotros al elevado precio que pagó en la cruz, por el don de su vida. Él desea que estemos a su entera disposición diariamente con nuestro corazón, nuestros ojos, nuestra lengua, nuestras manos y nuestros pies, es decir, con todo nuestro ser. Él espera esta santa consagración de cada uno de sus redimidos, y a partir de entonces su obra en nosotros puede continuar. Cuanto más fieles seamos en esta consagración al Señor, más grande será la recompensa ante el tribunal de Cristo.

Hechos 1:8
Isaías 43:11

Juan 8:36
Hechos 20:27
2 Tim. 1:14

Rom. 12:1-2
1 Cor. 6:19-20
Efes. 5:1-2
2 Cor. 5:15

Prov. 23:26
Cantares 7:10

Filip. 1:6; 2:13
2 Cor. 5:9-10
2 Tim. 4:7-8

No podemos ser llenos del Espíritu Santo y ser conducidos por él a menos que le demos plena libertad para que sea el Soberano de nuestra vida. Todo aquel que se le opone con obstinación, le entristece y estorba su actividad. La vida normal en la fe, la que Dios quiere es: que andemos en el Espíritu. Él nos enseña a orar, ya que es llamado el “Espíritu de oración”; por Él podemos decir al Dios vivo: ¡Abba, Padre!, e interceder tanto por los creyentes como por los pecadores perdidos.

Efes. 4:30
Gál. 5:16-17

Zac. 12:10
Rom. 8:15
Gál. 4:6

El Espíritu Santo quiere fortalecernos en cada obra que nos sea otorgada hacer para Jesús. El Señor llama al Espíritu “la potencia de lo alto”. Es también “el Espíritu de verdad” que nos muestra la voluntad de Dios por medio de la Biblia. Y su voluntad es que seamos santificados, separados para Dios, apartados de los goces de este mundo y de sus proyectos impíos. Ser puestos aparte para Jesús pasa a ser la razón de vivir de los hijos de Dios. Esta vida secreta de comunión con Jesús es preciosa y nos regocija profundamente. ¡Cultivémosla por encima de todo!

2 Tim. 1:7
Lucas 24:49
Juan 16:13-14
Heb. 12:14
Salmo 1:1-3
1 Ped. 1:13-16
Gál. 6:14
1 Cor. 6:17
Cant. 2:16

El verdadero creyente no tiene que orar para obtener el Espíritu Santo, porque ya lo posee desde el momento de su nuevo nacimiento. Está sellado y unguido por él. Esto significa seguridad y consagración, así como discernimiento e inteligencia en el plan de Dios. Lo que importa al rescatado, desde entonces, es obedecer al Espíritu Santo.

Efes. 1:13-14
2 Cor. 1:21-22
1 Juan 2:20, 27

La vida de oración del creyente

El creyente empieza a orar. Esta es la primera acción del Espíritu Santo en la vida cristiana. La vida de oración del cristiano es de gran importancia. Se ha dicho que la oración es «la respiración del alma». Consagre, pues, todo el tiempo posible a la oración,

Hech. 9:10-11
Salmo 141:2
Prov. 15:8
1 Tes. 5:16-18
Daniel 6:10-11

ore regularmente. El Señor Jesús, durante su estancia en esta tierra, perseveró mucho en la oración. Para él era muy preciosa la intimidad y el diálogo con el Padre. Esto revela su dependencia de Dios.

La Palabra de Dios nos enseña las condiciones indispensables para que nuestras oraciones sean oídas. Todo aquel que ora desea una respuesta, por lo cual debemos considerar con mucho cuidado lo que el Señor primero espera de nosotros: el temor de Dios, la honra, la pureza, la santidad y la obediencia. Bajo estas condiciones Dios nos permite desear con toda libertad grandes cosas y esperarlas con el atrevimiento de la fe. El Señor se goza al ver que confiamos en sus promesas y que las tomamos al pie de la letra. Nos invita a acudir a él incansablemente en oración. Aquel que ora por un motivo preciso nombrará a las personas y los asuntos de su demanda por sus nombres. Puede dar gracias con anterioridad por el cumplimiento de sus peticiones y, haciendo esto, honra a su Dios. Una paz profunda, don divino, llena entonces su corazón. Aquellos que oran de tal manera son combatientes escondidos que participan de las victorias de Dios. Nos acercamos así al trono de la gracia y recibimos de nuevo gracia y misericordia.

No perdamos ninguna ocasión para orar en común con los hijos de Dios, pues en ello hay una promesa muy especial. La reunión de oración debe tener un lugar muy importante en nuestra vida espiritual. Es allí donde el pueblo de Dios está reunido en oración delante del Señor con un mismo fervor. El creyente más joven puede dar su asentimiento a las oraciones, diciendo «Amén» en voz alta delante de Dios y de los hombres. Hagámoslo así y seremos un estímulo para los demás. Esto agrada al Señor.

Lucas 6:12
Salmo 109:4
Juan 17:1-26

Prov. 28:9
Sal. 145:18-19
1 Juan 3:21-22
Sal. 66:17-19

Lucas 11:1-10
Isaías 62:6-7
Marcos 11:24
1 Juan 5:14-15
Salmo 50:15
Jer. 33:3
Efes. 6:18
Filip. 4:6-7

Rom. 15:30-31

Heb. 4:14-16

Mateo 18:19-20
Hechos 2:42
Hechos 4:24
Hechos 12:4

Salmo 106:48
Neh. 5:13

Siguiendo a Jesús

El creyente no es dueño de sí mismo. Todo su ser: cuerpo, alma y espíritu son propiedad del Señor, quien es, de ahora en adelante, su nuevo dueño y soberano. La pregunta primordial del rescatado es: “Señor, ¿qué quieres que yo haga?” Es preciso vivir sólo para él; seguirle y aprender de él.

En adelante, hay dos cosas que el recién convertido debe llevar: el yugo y la cruz. El yugo es símbolo del servicio. Uno se ha convertido para servir al Dios vivo. Esto no se logra sin poner de lado al «yo». Es preciso aprender a renunciar a sus propios deseos y aceptar la voluntad de Dios. La Biblia llama el hecho de dar nuestra vida a Dios: “un culto racional” (o servicio inteligente). Ahora se trata de servir al Señor, en su propia familia, como hijo obediente, y en los quehaceres profesionales de cada día. El cumplimiento concienzudo de estos deberes en la obediencia de la fe glorifica a nuestro Dios. Entonces nuestra vida diaria se convierte en el testimonio de que somos una nueva criatura, para la gloria del Señor.

Por otra parte, el Salvador nos da la ocasión de servirle como “colaboradores de Dios”, anunciando el Evangelio a las almas perdidas. Es un precioso privilegio para todos nosotros y un deber santo. Es, en realidad, la tarea de toda la vida de los hijos de Dios. ¡Regocijémonos en esto! Cumplimos un servicio de amor muy particular si llamamos a los pecadores perdidos a acudir a Jesús, dándoles tratados o enseñándoles el camino de la salvación testificando de la redención que ya hemos experimentado. Llevamos a cabo este servicio movidos por el amor de Cristo, siendo nuestro móvil el temor de Dios.

1 Cor. 6:19
1 Tes. 5:23
Juan 21:19-22

Hechos 9:6
1 Pedro 2:21-23

Mateo 11:29-30
Lucas 9:23-24
1 Tes. 1:9
Heb. 9:14

Juan 12:26
Rom. 12:1-2

Efes. 6:1-2, 5-7
Lucas 2:51-52
Col. 3:20-25

Rom. 14:17-18
2 Cor. 5:17

Marcos 1:17
1 Cor. 3:9
Filip. 1:3-6
Prov. 24:11-12
1 Pedro 2:9

Hechos 22:15
Lucas 24:46-48
2 Cor. 5:11, 14

Entonces seremos ricamente bendecidos. El temor de Dios viene a reemplazar el temor de los hombres; sembramos el “pan de vida” y nos gozamos por adelantado de la preciosa cosecha. ¿Cómo le gustaría presentarse un día delante del Señor? ¿Con muchas “gavillas”, o con las manos vacías? Alistémonos con alegría en las huestes de aquellos que obedecen estas órdenes. ¡El Señor así lo quiere!

Todo aquel que es fiel en estas cosas encontrará la oposición de Satanás y la hostilidad del mundo. Es normal; forma parte de nuestro andar en pos del Señor. Cuando sufrimos la burla, el ultraje y el desprecio de nuestros semejantes a causa del amor por Jesús, y compartimos el oprobio con Él, el Señor dice que «llevamos nuestra cruz». Hay una promesa especial, una felicidad muy particular para aquel que sufre por Él. ¡El resultado será la gloria!

La comunión de la fe

Nuestro Señor murió para salvar a los pecadores. Su plan de amor ahora consiste en juntar a su alrededor, como a un rebaño, a todos aquellos que son salvos. Desea que tengamos comunión con Él y con los suyos. Por eso, aprovechemos con gratitud las ocasiones que él nos ofrece, no abandonando la reunión de los creyentes congregados en el nombre de Jesús. Dios ha dado allí dones para nuestra edificación y en estas reuniones nuestra presencia también es necesaria. La Biblia no aprueba a los que quieren quedarse solos, sino que condena esta voluntad propia. El que evita la comunión con los hijos de Dios adrede o por indiferencia, pierde Su bendición y se empobrece interiormente.

Dios ha querido que, de la misma manera que los miembros de nuestro cuerpo necesitan los unos de

Jer. 1:6-8
Prov. 29:25
Ecl.11:1-6
Juan 4:35-38
2 Reyes 7:9

Juan 15:18-21
Juan17:13-18
Filip. 1:29
2 Tim. 3:12
Heb. 12:1-3
Rom. 8:35-37
Lucas14:27
1 Pedro 4:12-14

Juan 10:11
Juan 10:14-16
Juan 11:51-52
Hechos 2:42
1 Juan 1:3
Salmo 122:1
Heb. 10:24-25
Mateo 18:20
Efes. 4:8-16

Prov. 18:1
Filip. 2:1-5
Salmo 133:1-3

1 Cor. 12:11-27

los otros, así también los rescatados como “miembros del cuerpo de Cristo”, juntados y bendecidos por el Espíritu Santo, permanezcan unidos para ayudarse mutuamente. La Iglesia del Dios vivo es una unidad, y toda intención –por voluntad propia– de dividirla y de hacer partidos es pecado. En la Mesa del Señor, al partir el pan, proclamamos esta unidad de manera visible. Celebramos esta cena conmemorativa con los símbolos que hablan de la muerte del Señor, hasta que él venga. Allí los rescatados están reunidos delante de su presencia, como sacerdotes, para llevar a cabo el sagrado servicio.

La esperanza de la fe

La espera del regreso del Salvador, de nuestro amado Señor Jesucristo, es una de las cosas más preciosas que la Palabra de Dios nos promete. Esta esperanza viva tiene una acción bienhechora en todo corazón sincero. Saber que Jesús viene consuela, purifica y hace feliz. Por lo tanto, la exhortación del apóstol Juan debe tocar poderosamente nuestro corazón: “Permaneced en él... para que en su venida no nos alejemos de él avergonzados”.

Aquel que nos amó y se entregó por nosotros en el madero maldito de la cruz, sufriendo una angustia indecible, aquel que murió y al tercer día resucitó de una manera maravillosa, volverá en triunfo para llevar a todos sus amados a la gloria de la casa del Padre. Allí participaremos de un gozo inefable. Es lo que estamos esperando y por lo cual decimos con alegría: “Amén; sí, ven, Señor Jesús”.

Así, pues, Cristo reunirá a su alrededor, en la gloria, a todos los rescatados, a los creyentes del Antiguo Testamento y a los hijos de Dios, quienes, desde el día de Pentecostés, forman “la Iglesia del Dios

Rom. 12:3-8

Juan 17:11, 21-23

1 Cor. 1:10-13

1 Cor. 3:1-4

1 Cor. 10:16-17

1 Cor. 11:23-26

1 Pedro 2:5

1 Tes. 1:9-10

1 Tes. 4:13-18

1 Pedro 1:3

1 Juan 3:3

Tito 2:12-13

1 Juan 2:28

Gál. 3:13

Juan 14:2-3

Juan 17:24

Apoc. 22:20

Filip. 3:20-21

1 Cor. 15:51-57

1 Tim. 3:15

viviente". Después de que hayamos sido manifestados delante del tribunal de Cristo, donde recibiremos la recompensa en proporción a nuestra fidelidad, tendrán lugar "las bodas del Cordero" en los lugares celestiales. Seguidamente volveremos de los cielos con él, en una gloria majestuosa, para tomar parte a Su lado en el juicio del mundo impío, el cual, después de haber sido seducido por el Anticristo, se hallará en rebelión contra el Altísimo. Entonces será el comienzo del "día del Señor". A continuación, con Jesús, el Rey de reyes, tendremos parte en su reinado de gloria sobre la tierra purificada. Esta, libertada de la maldición, se convertirá en una escena de bendición y paz por un espacio de mil años. Entonces se podrá ver en la tierra la gloria de Jesús, y nosotros estaremos con él.

Queridos, antes de que ocurra lo arriba citado, inmediatamente después del arrebatamiento de la Iglesia, tendrá lugar un encuentro solemne del Señor con sus rescatados. Él los reunirá a todos delante de su tribunal en los lugares celestiales. Allí los creyentes seremos manifestados, es decir, toda nuestra vida espiritual será puesta a la luz y probada por el Señor Jesús. Allí tendremos que darle cuenta de todo. Como si fuera una película, todo se desarrollará delante de nosotros y apreciaremos de perfecto acuerdo con la justicia divina lo que ha sido nuestra vida a partir de la conversión.

Veremos entonces con qué gracia maravillosa, con qué gran paciencia y fidelidad, el Señor nos habrá conducido, guardado y bendecido. Veremos, con un gozo celestial, cómo recompensará todo lo que hayamos hecho aquí abajo por obediencia a él. No

2 Cor. 5:10
Rom. 14:9-12
Apoc. 19:6-9
2 Tes. 1:7-10

1 Cor. 6:2
Isaías 2:12, 17
1 Tes. 5:1-3
2 Tes. 2:1-8
Apoc. 19:11-16
1 Tim. 6:14-15
Apoc. 20:1-6
Rom. 8:17
Col. 3:4

Rom. 14:9-12
2 Cor. 5:10
1 Cor. 4:4-5
Santiago 5:9
Heb. 4:12-13

Salmo 51:4
Rom. 3:4

Juan 4:36
1 Cor. 3:8,14

olvidará el mínimo detalle hecho por amor a él. Después distribuirá las coronas que ha prometido a los que sean fieles. Nuestros pecados no serán vistos nunca más, porque fueron expiados, perdonados y borrados por la sangre del Cordero. Pero también nos daremos cuenta de que no podrá recompensarnos por las horas y los días en que hayamos sido negligentes con su gracia. Esto significará una gran pérdida para nosotros. Ello debería producir un celo santo en nosotros para no vivir más que para él, con corazones enteramente consagrados, durante cada instante de vida que nos da.

1 Cor. 9:24-25
2 Tim. 2:5
2 Tim. 4:8
Santiago 1:12
1 Pedro 5:4
Apoc. 2:10
Lucas 6:23, 35

2 Juan 8

1 Cor. 15:58

El Señor es digno de que cada día experimentemos lo mismo que el apóstol Pablo:

"Lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí". Gálatas 2:20

"Y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos".

2 Corintios 5:9, 15

P. Kiene

PARA TODOS



Suscripción gratuita, escribir al editor:

**Ediciones Bíblicas
PARA TODOS
1166 Perroy (Suiza)**

paratodos@ediciones-biblicas.ch

Impreso en Suiza. Publicación mensual.

"PARA TODOS" tiene como objeto ayudar al creyente en su vida cristiana por medio de ejemplos prácticos sacados de la Escritura, la cual es "inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia" (2 Timoteo 3:16).

Si usted no tiene la intención de guardar esta hoja, tenga la amabilidad de entregarla a otra persona interesada. Para la difusión gratuita entre cristianos, se permite fotocopiar esta hoja (por favor no cambiar el texto, ni borrar nuestra dirección).